

ner á los que de su nombre se llamarían cristianos; al paso que él practicaba de un modo sublime esta circuncision del corazon al tiempo de ofrecer su carne al cuchillo de la ley. Verdad es que ninguna raíz de vicio habia que cortar en su corazon, santuario augusto de la pureza; pero habia grandes sacrificios que hacer y él los hacia anticipadamente: pruebas interiores y exteriores que sostener y ya se ofrecia á ellas; y su circuncision misma era una prueba proporcionada á su edad y á la debilidad de su cuerpo.

Circuncidar el corazon es el grande objeto de la moral cristiana y todo se refiere á él. Esta circuncision es necesaria á los pecadores para que lleguen á ser justos; y es necesaria á los justos para que perseveren en la senda de la justicia. Por su medio solamente se hacen progresos en la santidad, cuyos grados no tienen límites y se puede siempre avanzar. Mucho tenemos que hacer para cortar en nosotros lo que nos arrastra al mal; y mucho mas tenemos aún que hacer para quitar de nuestro interior lo que repugna al bien. Necesario es haber emprendido seriamente la obra para conocer toda su extension y penetrarse de toda su dificultad. Lo que es de estrecha y rigurosa obligacion en esta materia sube ya muy alto y es preciso aplicar el cuchillo muy adentro, si se quiere asegurar la salud del alma tanto como se debe y es posible. Mas si se trata de aspirar á la perfeccion, ya es otra cosa; entonces no poniendo límites á la práctica de las virtudes y abandonándose enteramente á la gracia, es preciso resolverse á todos los sacrificios que exija el amor. Solo los que lo han probado saben cuán íntima y dolorosa es esta circuncision, cuando la cortadora espada va cercenando el amor propio hasta en sus pliegues mas secretos y que no le perdona en parte alguna que lo encuentre.

No obstante, cualesquiera que seais, si os sentís llamados á lo mas perfecto de la circuncision interior, no os asustéis. Podírais desesperar de conseguirla, temer podírais que os faltase el valor, si vosotros hubiéseis de hacerlos la operacion. Mas Dios

es quien tiene el cuchillo; él es quien lo aplica en donde hay necesidad de cortar; él es el que hace la incision y da fuerzas para sostenerla. Su mano es dulce á la par que segura y nunca hace sufrir mas de lo que es necesario para nuestro bien. Entregaos, pues, con confianza á esta mano bienhechora; y en tanto que opere, tened fijos los ojos en Jesucristo, cuya vista será vuestro aliento y vuestro consuelo.

CAPITULO X.

LOS MAGOS SON LLAMADOS A BELEN POR JESUCRISTO.

JESUS manifiesta desde su nacimiento que ha venido para salvar á los hombres. Llamó á su cuna á los judíos en la persona de los pastores y ahora llama á los gentiles en la persona de los magos. Los primeros eran hombres sencillos y de la condicion mas humilde; los segundos son sabios, y segun la comun tradicion, reyes. Ninguna distincion, pues, ni de pueblo ni de estado ni de talentos es excluida. La sabiduría encarnada, infinitamente superior á los mas grandes, sabe descender hasta los mas pequeños: á unos les abate el orgullo, á otros les inspira confianza.

Si es mas raro que los sabios, los ricos, los poderosos del siglo se entreguen del todo á Dios, por el mayor número de obstáculos ya interiores ya exteriores que han de vencer, tambien es una verdad que cuando la gracia triunfa enteramente de su corazon dan mas honor á Dios, es mas sincera y mas sólida su piedad y hacen llegar su virtud á un punto mas elevado de perfeccion. Ser casto en medio de ocasiones continuas para no serlo; ser humilde en la cumbre de las grandezas y del poder; ser templado y hasta mortificado en medio de la afluencia de los bienes de la tierra; parecer pequeño á los propios ojos, mientras por el talento ó por el saber se disfruta de la mas alta estimacion, y di-

rigir á Dios toda la gloria que de ello nos resulta, es ciertamente algo mas admirable que tener las mismas virtudes en una situacion en que cuesta menos adquirirlas y es mas fácil conservarlas. Si el niño Jesus vió con mas complacencia los magos á sus piés, si le agradaron mas sus homenajes, no fué porque su condicion fuese mas encumbrada segun el mundo, sino porque ellos necesitaron una fe mas viva para adorarle y reconocerle en el pobre y humilde estado en que le encontraron.

No piensen, pues, las personas distinguidas por su nacimiento, por su rango y dignidades, por su mérito y capacidad, que la vida interior no les conviene y que á ella no son llamados. La gracia habla á todos los corazones que la escuchan, medios fáciles tiene para curarles de la vana preocupacion de la nobleza, despegar su afecto de las riquezas, inspirarles el menosprecio de los honores que no son sino humo; y de cuanto mas genio y luces estén dotados, cuanto mas por medio de la educacion se hayan desarrollado sus sentimientos y potencias, mas en estado se hallan de conocer toda la sublimidad y percibir toda la belleza de la moral evangélica.

Ademas, yo hallo relaciones muy notables entre la vocacion de los magos y la vocacion á la vida espiritual. Una estrella extraordinaria brilla á sus ojos y llama su atencion. Intruidos, como quiera, de la venida próxima del verdadero rey de los judíos, reconocieron que esta estrella anunciaba su nacimiento. Cuando Dios destina un alma á la vida interior, la prepara por lo comun muy de antemano con ciertos conocimientos y con ciertas reflexiones, cuyo objeto ella de pronto no percibe. Tales son lecturas, conversaciones, ejemplos que la ilustran, la impresionan, la mueven; nada hay aún distinto ni bien determinado. Llega por fin el momento en que viene á herirle una súbita luz. Muéstrale Dios la senda de la perfeccion por donde quiere que entre y el camino que á ella conduce; opera con fuerza sobre su voluntad para atraerla y le inspira un ardor que nunca habia ella sentido. En este instante le vuelve al pensamiento lo que leyó,

lo que escuchó, lo que sintió de lo pasado y claramente penetra los designios de Dios sobre ella.

Desde el punto en que los magos hubieron conocido por la estrella que el rey de los judíos habia nacido, ya no deliberaron mas: lo dejaron todo, y emprendieron un largo viaje para venir á adorarle. Así se conduce el alma fiel á la vocacion divina. Dios ha hablado; todo está dicho para ella: no hay aficion humana, no hay consideracion, no hay dificultad que la detenga; á todo renuncia, se tiene por dichosa de sacrificarlo todo para seguir la voz que la llama. Su corazon le dice que hallará en Dios infinitamente mas de lo que por él ha dejado.

Apenas los magos se ponen en marcha para Jerusalem, la estrella que habian visto en su país desaparece. Esto fué para su fe una gran prueba; pero la sostuvieron generosamente. Su luz no les era ya necesaria para guiarse; tenian los medios ordinarios de que se valieron y que les llevaron con seguridad á su término. Estas luces son grandes en los principios de la vida espiritual, así como los consuelos que las acompañan; vívese en ella en un admirable reposo, en una seguridad perfecta del propio estado; el alma siente que ama y que es amada por las pruebas que Dios le da de su amor y por las que del suyo recibe. Camínase con firme y segura planta, llegan á medirse los progresos, por decirlo así; y *en medio de tanta abundancia*, se puede exclamar como David, *jamás vacilaré*. Ni de otro modo se empeñaría el alma en seguir esta senda. Mas cuando se ha internado un poco, Dios oculta su presencia, la luz va desapareciendo insensiblemente y se entra en la oscuridad de la fe. Hasta llega á perderse la suavidad de aquellos dulces sentimientos que hácia Dios se tenían y se hallan mas raras las pruebas que antes nos daba de su ternura. ¿Nos amará menos quizás? ¿O le amamos menos nosotros? No, sin duda no. El amor de Dios no es tan cariñoso, pero es mas fuerte y el nuestro pasa de las afecciones á los efectos. Entre las tinieblas, no obstante, en que nos vemos abismados, no nos falta guía, y mas que nunca se sien-

te la necesidad de confiar en él, de creerle, de obedecerle. La ruta se ha perdido de vista, más no podemos dudar de que nos hallamos en el verdadero camino, porque él nos lo asegura. Siéntese toda la fatiga de la marcha y no hay medio para juzgar por sí solo si se adelanta; preciso es dejarlo al director y de este modo bajo su dirección se llega á la ciudad santa de Jerusalen.

Apenas entrados á Jerusalen los magos, preguntan dónde está el rey de los judíos, que acaba de nacer, sin que respeto humano ó temor alguno les detenga. Fácil es adivinar qué respuesta recibirían de aquellos habitantes que ignoraban enteramente el nacimiento de Jesucristo. Extranjeros son y venidos de muy lejos los que les traen la primera noticia, los que les sacan [de su letargo, que les despiertan sus ideas sobre el Mesías, que realmente en aquel tiempo se aguardaba. Heródes, instruido del objeto de la venida de los magos, se turba y con él toda la ciudad. Convocó los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la nación y se informó por su medio del lugar en que debía nacer el Mesías: le respondieron que segun las profecías debía ser Belen. Sabido lo cual y habiendo llamado á los magos en secreto, les dirigió á Belen, diciéndoles: Id, informaos cuidadosamente del niño; y cuando lo hubiéreis encontrado volved á darme noticia, para que vaya yo también á adorarle. Hé aquí cómo este príncipe ambicioso y político disimulaba su temor y ocultaba sus negros designios bajo el velo de la religion.

Entre otras infinitas pruebas, la vida interior se halla expuesta á muchos lazos por parte de los hombres. Mientras se ignora que un alma camina por su senda, se la deja en reposo. Ella debe guardar el secreto y nunca descubrirse por sí misma. Pero muchas veces Dios por sus inexcrutables designios quiere que sea conocida; y entonces es cuando debe aparejarse para las persecuciones, armarse de valor y de intrepidez, y prevenirse contra las redes que se le van á tender. Y si llega el caso de ser

preguntada por quienes ejerzan autoridad sobre ella, no debe avergonzarse de su estado, antes sí declarar con valentía lo que Dios en ella ha obrado, dándosele muy poco de lo que se piense de ella y de lo que puede sucederle. La prevención, la ignorancia, la envidia, la malignidad, el orgullo se levantarán contra ella, se la condenará, se la despreciará, se la tratará de hipócrita, ó cuando menos de imaginacion exaltada; se la humillará y se echará mano de todo para retraerla de su propósito. A pesar de todo, manténgase ella firme, acepte gustosa el oprobio con tal que redunde en gloria de Dios; lo que permitirá Dios infaliblemente, confundiendo la malicia de unos, disipando la prevención de otros, y haciendo resaltar su protección sobre los que se abandonan á su amorosa providencia.

Instruidos los magos por los sabios de la nación del lugar en donde habían dicho los profetas que debía nacer el Mesías, se pusieron en marcha para Belen con una entera confianza. Para colmar su seguridad reapareció la estrella que habían visto en Oriente, precedió su marcha, hasta que se paró por último sobre el lugar mismo donde estaba el niño. Todas las investigaciones, todos los exámenes que se hacen tocante al estado de una persona interior no paran por lo común sino en afirmarla mas en sus resoluciones, dándole ideas mas distintas y mas precisas, con tal que se deje conducir de Dios y que no escuche su propio raciocinio. Pues que nada tiene que temer sino á sí misma, no tema que la hagan vacilar las preguntas mas insidiosas, los mas capciosos argumentos, los juicios menos favorables, si impone silencio á sus propias reflexiones. Seguirá su camino y se irá acercando mas y mas á Jesucristo con mayor seguridad que antes. Dios mismo disipará las tinieblas en que por largo tiempo la había dejado, y le prestará nuevas luces, mas vivas, mas penetrantes, que no la dejarán ya hasta que haya encontrado á aquel á quien busca con tanto ardor y perseverancia. ¡Qué transportes de alegría cuando Dios se muestra de nuevo despues de una tan larga ausencia! ¡Qué placer, al verse tan cerca al tér-

mino de que se creia tan distante! Mas para gustar tan celeste gozo era preciso que su fe hubiese sido largo tiempo probada. Si la estrella hubiese acompañado á los magos durante todo su viaje, á mas de que ningun mérito hubieran tenido en seguirla, hubieran quedado privados del increíble consuelo de volverla á ver.

Entraron ellos en la habitacion indicada por la estrella, y habiendo encontrado al Infante con María su madre, se prosternaron, le adoraron, abrieron sus tesoros, le ofrecieron por presentes el oro, el incienso y la mirra; presentes misteriosos, por los cuales reconocian en Jesucristo sus dos naturalezas, la divina y la humana, y su calidad de rey. La union beatífica con Jesucristo está reservada para la mansion de la gloria. Mas aún sobre la tierra, las almas interiores, cuando están al fin de su carrera, contraen con él en calidad de esposo una union exclusivamente para ellas y cuyas delicias son inexplicables. Entonces se tienen por muy recompensadas de lo que han sufrido y sufren todavía y una experiencia íntima les demuestra que todo se gana, perdiéndolo todo por Dios. Hallando á Jesus, hallan también á María, que es inseparable y el Hijo les comunica por medio de su Madre sentimientos semejantes á los suyos. Entonces es cuando anonadados de espíritu y de corazon, adoran á Jesucristo en una disposicion parecida á aquella con que él mismo adoraba á su Padre; y le ofrecen el oro puro de la caridad; el incienso de una oracion toda amor que les consume y la mirra de una mortificacion que se extiende á todos sus sentidos y á todas sus facultades.

Advertidos en sueños por un ángel, de no volver á ver á Heródes, los magos regresaron á su país por otro camino y burlaron de este modo la pérfida astucia de su política. Aunque no lo diga el evangelista, no podemos dudar de que al llegar á su país publicarían la gracia que el Señor les habia dispensado, las maravillas de que fueron testigos y que se convertirían en unos apóstoles de Jesucristo. Cuando las almas de Jesucristo han pa-

sado por las últimas pruebas, llegando ya al estado de union, Dios se sirve de ellas para hacer sus conquistas y para enseñar á otros los caminos espirituales. Entonces vuelven á entrar en el mundo del que hasta aquel punto habian vivido separadas; pero vuelven á entrar por otro camino del que tomaren al dejarle. Si algun comercio tienen con el prójimo es para conducirlo á Dios. Este comercio, ventajoso á los demas, nada tiene de contagioso para ellas; ni las disipa, ni las retrae de la oracion, ni altera su sosiego, ni suspende su íntima comunicacion con Dios. Mas guárdense de entrar por su propio consejo en este apostolado; aguarden la mision divina y esperen á que las almas á quienes pueden servir de utilidad se dirijan á ellas por ocasiones ordenadas por la gracia. No correrán en tal caso riesgo alguno en descubrir, segun las circunstancias, los favores que Dios les ha dispensado, los socorros que de él han recibido en sus tentaciones y en sus pruebas, y el modo con que se han conducido en esta larga carrera, llena de escollos y de peligros. En estas comunicaciones, ya sea de viva voz ó por escrito, si es pura su intencion, tampoco se exponen á la vanidad: darán gloria á Dios, edificarán al prójimo y ellas recibirán su recompensa.

CAPITULO XI.

PRESENTACION DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO

DIRIASE al leer la relacion del evangelista, que Jesus fué llevado al templo y presentado á Dios como un niño ordinario por la voluntad de sus padres, sin otra direccion que su propio albedrío; y sin embargo nada mas cierto que quien gobernaba el espíritu de María y de José era su pequeño Hijo, el cual les inspiraba en secreto el modo con que debian portarse en todo lo tocante á él.

Disponia la ley que en reconocimiento del soberano dominio de Dios y en memoria de la muerte de los primogénitos del Egipto, de la que fueron preservados los de los israelitas, le fuese ofrecido todo primogénito tanto de hombres como de animales. No podía comprender esta ley á la persona de Jesucristo, que como Hijo de Dios tenia sobre la naturaleza el mismo dominio que su Padre. Y áun como hombre estaba tambien exento de ella, no habiendo sido concebido, ni habiendo nacido por la vía comun. En cuanto á la plaga de Egipto, él mismo la habia obrado á favor de su pueblo y no podía de consiguiente olvidarla. De otra parte, ¿qué van á pensar de él los hombres? ¿Cómo le tendrán por el Mesías si se confunde con los demas niños y no se distingue de ellos manifestando que él es superior á la ley?

Todas estas razones tan legítimas y que nuestro orgullo hubiera calificado de necesarias, no le privan de someterse á la ley, de cumplirla con puntualidad, añadiendo por su parte las mas perfectas disposiciones del alma. Humillóse, pues, en presencia de su Padre, reconoció el derecho de vida y muerte que sobre él tenia, le consagró de nuevo su existencia y se entregó sin reserva á su voluntad.

Lo que nos importa observar aquí, sobre todo, es que Jesucristo no se consagró únicamente en nombre suyo, sino en el nuestro, y que con él consagró todos los cristianos; de suerte que ni pertenecemos al Salvador, ni él nos reconoce por suyos, sino en cuanto ratificamos la consagracion que hizo de nosotros. Y esta consagracion lo abraza todo con respecto á nosotros, como lo abrazó todo con respecto á Jesucristo, por manera que nada nos deja de la libre disposicion de nosotros mismos, ni nos permite consultar en nada nuestra voluntad, ni proponernos por último término de nuestras acciones. Es menester que Dios, de nuestro lleno consentimiento, ejerza su dominio sobre nosotros en todas las cosas, en todos los momentos, tanto por el interior como por el exterior; y que su gloria, inseparable del cumplimiento de su voluntad, sea nuestro principal fin.

Examinemos seriamente si es este el modo con que nos hemos consagrado á Dios, no simplemente de palabra, sino en realidad, y si en todo y siempre nos portamos segun esta regla. En este exámen hallaremos cuán distantes estamos de ello, y que en una infinidad de cosas nos reservamos derechos sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre nuestros afectos, sobre nuestras deliberaciones. Donde quiera no veamos pecado manifiesto, creemos á nuestro gusto conceder ó rehusar á Dios lo que bien nos parece, atendiendo mucho menos á su voluntad que á la nuestra. Como si el dominio de Dios, que es un dominio de amor, el dominio de un padre sobre sus hijos, no se extendiese sino á lo que nos manda ó nos prohíbe so pena de ofenderle; y como si la mira de agradarle no debiese tener el menor lugar en nuestra sumision y en nuestra obediencia. Me atrevo, pues, á decir que con respecto á un padre tal como Dios, todo verdadero cristiano, sin olvidar sus órdenes ni sus prohibiciones, sus promesas ni sus amenazas, sus recompensas ni sus castigos, pondrá sobre todo la atencion en su beneplácito, sin titubear un instante en conformarse á él donde quiera crea descubrirlo; tal es la extension y la perfeccion que á su consagracion dió Jesucristo, tanto para nosotros como para sí mismo, y que desea demos nosotros á la nuestra; de otro modo no merecerá su entera aprobacion, pues le faltará lo que seria á él mas agradable, lo mas glorioso para Dios, lo mas ventajoso para nosotros. Mas, es preciso ser interior y alumbrado por una gracia especial para formarse idea de una consagracion de esta naturaleza; precisos son sentimientos magnánimos y mucha generosidad para resolverse á ella; menester es un valor á toda prueba para ponerla en obra, sin jamas desmentirse. Hasta que háyamos dado este gran paso, no seremos mas que cristianos imperfectos, esclavos del amor propio, servidores mercenarios, que arrastrando con fatiga por la senda de los mandamientos, desmayaremos á las menores dificultades y nos espantaremos por los mas ligeros sacrificios.

Ordenaba asimismo la ley de Moisés rescatar los primogénitos de los hombres, ofreciendo en su lugar algunos animales; y esta ofrenda para los pobres era de dos tórtolas ó dos palominos. Y por semejante ofrenda, el Hijo de Dios, en calidad de pobre, quiso ser rescatado. ¡Qué humildad! ¿Podía llevarla á mayor extremo? Y si él permite su rescate, no es en verdad para sustraerse á la muerte, sino para reservarse á un sacrificio mas doloroso, mas humillante y mas estupendo.

¡Oh Salvador mio! ¡qué ejemplos de virtudes nos dais desde la mas tierna edad! En todas partes os veo empeñado en confundir mi orgullo; y este vicio, que tanto detestais, es el que mas me perdono y alimento en mí con mayor complacencia. Siempre hallo pretextos para contemporizarlo, y aún para justificarlo; y mientras que vos consentís en pasar en el concepto de los hombres por lo que no sois, yo me avergüenzo mil veces de ser conocido por lo que soy. Vos os complacéis en descender y yo no pienso sino en subir. Vos jamas os hallais tan pequeño como deseais, y yo nunca soy tan grande como desearia ser. Y sin embargo me llamo vuestro discípulo, al paso que huyo de vuestras lecciones y de vuestros ejemplos. ¿Qué debo pensar de mí cuando con vos me comparo? ¡Cuán asombrosa oposicion!

Si Jesucristo olvida su propia gloria para ocuparse exclusivamente en la de su Padre, el Padre, á su vez, procura hacer ostension de su Hijo cuanto mas este se afana en ocultarse. En Belen lo da á conocer por los ángeles y por una estrella prodigiosa. Cuando es presentado en el templo dispone su encuentro con el santo viejo Simeon, el cual impelido por su espíritu acude al templo en este momento, y á presencia de todo el pueblo le reconoce por el Mesías y por su Dios, le toma en sus brazos, junta las caricias á las adoraciones y contento con haber visto al Cristo del Señor no suspira ya sino para la muerte. A la misma hora concurre tambien Ana la Profetisa, la cual hasta la última vejez habia pasado su vida en el ayuno y en la ora-

cion, sin dejar jamas el templo, y que en vista del niño Jesus alababa á Dios en un santo trasporte de alegría, y hablaba de este Niño á todos cuantos esperaban la redencion de Israel. No faltaron, pues, á Jesus los testimonios mas brillantes, cuando mas parecia huir de ellos. ¿Hubiéralos encontrado si capaz hubiese sido de buscarlos?

¡No permita Dios, empero, que seamos humildes con la mira de que él nos glorifique! Mas no deja de ser una verdad que Dios se place en glorificar á los humildes, siempre sin perjuicio de su humildad. De ellos hace los instrumentos de su gloria. Despues que ellos se han abatido y que los ha abatido él mismo, los levanta otra vez á la vista de los hombres, para que sea en ellos glorificado. Todo el cuidado y estudio de los santos á imitacion del Salvador es huir la pompa y el brillo, amar la oscuridad, ser despreciados del mundo y tenidos en nada. Aun cuando la verdadera y sólida gloria pudiese venir del mundo, no la quisieran para sí, porque no pertenece sino á Dios, al cual debe retornar toda entera. El mismo Jesucristo, en cuanto hombre, no podia tener ninguna justa pretension á la gloria, y bajo este concepto nada jamas se ha atribuido; al contrario, su union personal con la divinidad fué para él un motivo de humillarse mas. Quanto mas el hombre conoce á Dios, mas se une á él, y mas es menester que se anonade en sí mismo; estas dos cosas se sostienen y corresponden: la humildad es á la vez el resultado y la prueba de la santidad.

CAPITULO XII.

HUIDA Á EGIPTO.

HERODES, burlado por los magos, persigue de muerte á Jesucristo en la cuna, y temiendo le escape, manda el degüello de todos los niños de dos años abajo, que habia en Belen y en El Interior.